



## Café de Navidad

(27 de diciembre de 1959)

PLAZA CULTURAL DE  
DIARIO DE COLIMA



# Ágora

VIÑETAS DE LA PROVINCIA ▶ 4

2622

DOMINGO 20 DE DICIEMBRE DE 2020

*La piñata (1953),  
pintura de Diego Rivera.*



ESCRIBEN: Roberto Rivera Partida, Mención Honorífica en el Premio Estatal de Viñetas Manuel Sánchez Silva 2020;  
Zeydel Bernal, Gabriel Gallo, Azul Sevilla, José Lomelí, Leopoldo Barragán, León Mendoza y Carlos Caco Ceballos.

## Un tipo con suerte\*

Roberto Rivera Partida

Ante la incredulidad de las personas, las cosas se pueden convertir en mito, pero ante la veracidad de los hechos, los mitos se convierten en realidad. En ocasiones vivimos sucesos que al relatarlos, los oyentes reflejan incredulidad total en su rostro. Eso me recuerda la famosa película *El curioso caso de Benjamin Button*, donde un personaje de avanzada edad, en cada oportunidad que se le presenta, cuestiona a Benjamin: “¿Alguna vez te he dicho que me han caído siete rayos?”. O el ejemplo de *Big Fish*, una película en la que el protagonista va por la vida contando historias increíbles y maravillosas que había vivido, pero que al relatarlas nadie le cree, y cuando éste muere, los otros protagonistas de tales historias se presentan a su funeral, evidenciando la veracidad de dichas narraciones. Pues la historia que a continuación contaré, intentando que sea con el mayor lujo de detalle, fue real, verídica e increíble. Ésta, es más o menos así...

En la década de 1910, para ser más precisos, en el primer lustro del siglo pasado, en la población de Jiquilpan, municipio de San Gabriel, Jalisco, nació don Manuel Rivera Cervantes, cuya niñez, adolescencia y juventud la vivió y convivió dentro del núcleo familiar cuyo tronco común estuvo integrado por el señor Sixto Rivera Chávez y la señora Balbina Cervantes Chávez, los cuales procrearon cuatro varones y una dama. Manuel fue el número dos de la familia y se caracterizó por ser una persona de comportamiento taciturno. Era un hombre de entre 1.70 y 1.75 metros de estatura, moreno, delgado, cara áspera, barba cerrada, mirada despierta y mente despejada. Esto ocasionaba que a más de alguna dama le llamara la atención, pero más que por su aspecto físico, llamaba la atención por su comportamiento discreto y taciturno que inspiraba confianza.

Al alcanzar la mayoría de edad, el joven Manuel se casó con una hermosa doncella de la ex Hacienda de la Guadalupe, una gran finca ubicada al sur poniente de la cabecera municipal, a escasos mil metros de la alcaldía. Desafortunadamente al poco tiempo del enlace nupcial, la dama de alcurnia falleció, dejando viudo al ciudadano Rivera. En tal situación civil, continuó su vida practicando el comercio burritero, en el que utilizaba media docena de pollinos para transportar la mercancía. Era el único medio de transporte de ese tiempo por los senderos del sur de Jalisco.

Iniciaba sus recorridos en San Gabriel, en pro del sur, pasando por la ex Hacienda Telcampana, Tolimixpa, La Presa de la Viborita, en un verdadero trajín del entonces conocido Llano Grande, hoy llamado Llano en Llamas gracias al letrado Juan Rulfo, oriundo precisamente de San Gabriel. Posteriormente transitaba por El Paso Real, luego llegaría Toxín, río de por medio, un lugar donde inician dos grandes moles cerriles que, auspiciadas por la erosión y corrientes acuíferas milenarias, forman un hermoso acantilado a manera de puerto que cuenta con más de cien metros de profundidad. Al descender por un sitio llamado La Gloria, llegaba a la comunidad de Toxín, y posteriormente, ya en la jurisdicción de Colima, pasaba por La Loma, la ex Hacienda de La Salada para finalmente aterrizar en El Mamey, hoy Minatitlán. Hasta aquí la ruta que a lomo de bestia recorría rancheando, ofreciendo su mercancía, fuera por pago en efectivo o trueque, ofreciendo además el servicio de mensajería y paquetería, recibiendo pedidos a lo largo y ancho de sus correrías.

Por ese comportamiento discrecional y taciturno, sus clientes le profesaban confianza, lo que llevó a don Manuel a pasar ciertas experiencias que dieron vida a su fama y atónita admiración de su suerte. Cierto día, decidió abrir un comercio local en el pueblo conocido como El Mamey, y como en sus correrías rancheriles tanto de lado jalisciense como colimense, había dejado amigos que le profesaban confianza plena, éstos comenzaron a concurrir su negocio abarrotero periódicamente. Algunos lo hacían semanal, otros quincenal y unos más, mensualmente, según el tiempo lo permitiera.

No pasó mucho tiempo cuando notó que uno de sus clientes mensuales liquidaba sus compras con monedas de oro y en ocasiones de plata, pero como el tendero era de carácter discrecional, éste se dedicó a observar, hasta que cierto día, su cliente, que le profesaba confianza, le confesó tener varias cargas de esas monedas dentro de una cueva y que temía por la seguridad de las mismas, por lo que solicitó al tendero se las guardase. Don Manuel aceptó con discreción, y ambos acordaron que el cliente llevaría dos costalillos bastimenteros cada 8 días, y de regreso a su casa, para disimular la situación, el tendero llenaría dichos costalillos de mercancía alimenticia. Así trascurrió el tiempo, y al pasar exactamente un año, el proveedor de oro enfermó y falleció, quedando bajo resguardo del tendero, la fortuna que, como una hormiga obrera, el muerto había llevado.

Más tarde, el personaje viudo se relacionó con una guapa señorita que rondaba los dieciocho años, pero como ésta tenía unos padres y hermanos que pecaban de celosos, idearon comunicarse por medio de recados escritos, cuyo transporte de lleva y trae, lo desempeñaba una hermana de la muchacha de apenas unos 13 ó 14 años, pero por la característica de curiosidad que tipifica a las muchachas de esa edad, la pequeña mensajera se daba tiempo para leer los recíprocos mensajes, y sucedió que en cierto intercambio de mensajes entre los enamorados, la novia solicitaba al varón que se la llevara, a lo que el solterón accedió poniendo 15 días de plazo para conseguir buen lugar como escondite. Para esto puso ojo en una vieja casona tipo colonial semiabandonada, ubicada a unas cuadras de la tienda, y como la encargada del inmueble era su cliente de confianza, pues le encomendó conseguirla en arrendamiento, lo que la dama consiguió con presteza, incluyendo la limpieza del inmueble, por parte de la encargada, pidiéndole secrecía en todo lo que entre ellos se había fraguado.

Llegó el día tan esperado por los novios y la hora pactada para tal eventualidad fue las dos de la madrugada, cita en la esquina de su negocio. Aunque por razones que se intuyen pero hasta el momento desconocidas, la niña mensajera, sabedora de tal plan a detalle, cambió el horario caligrafiando en el billete: Cita a las 3 am. La niña aprovechó el tiempo, arregló su ajuar, le ganó las zapatillas a la novia y se presentó con el novio puntualmente a las dos de la madrugada. En plena oscuridad y con el sigilo que exigía tal empresa, el novio no supo lo que en realidad se estaba llevando, hasta que llegaron a la casona-escondite donde encendieron un mechero de petróleo. En el acto, ante la sorpresa del novio, la damita retrocedió un paso, lo que ocasionó que ésta cayera de espaldas y el tacón de una zapatilla se quedara encajado en una grieta del piso, por lo que el novio después de levantar a la fémina y colocarla en una vieja poltrona, intentó extraer la zapatilla, trayéndose consigo el ladrillo donde había quedado prensada, dejando al descubierto un agujero en cuyo interior el varón descubrió un cofre repleto

de monedas antiguas de oro y plata. Don Manuel rápidamente reselló el orificio mientras la usurpadora maltrecha se reponía del aterrizaje acaecido. Al día siguiente, el descubridor buscó a la señora interventora para que viajara al puerto de Manzanillo a tratar la compra-venta del inmueble donde vivían los dueños, ofreciéndole propina, amén de los gastos de traslado, con el fin de que el negocio fuera concluido con celeridad. La encargada de la misión regresó al tercer día con respuesta favorable y una vez consumado el negocio, don Manuel se dio a la tarea de resguardar su nuevo tesoro en lugar seguro. Así, prosiguió despachando en su negocio aparentemente solitario, sin presencia de la dama, ya que ésta se ocultaba en la casona recién agenciada. Esa soledad en la tienda



**Intentó extraer la zapatilla, trayéndose consigo el ladrillo donde había quedado prensada, dejando al descubierto un agujero en cuyo interior el varón descubrió un cofre repleto de monedas antiguas de oro y plata.**

causaba preocupación de los papás y hermanos de la fugada que por orgullo, coraje y resentimiento muy justificado no se acercaban a preguntar la ubicación de la pillada niña.

Un buen día, uno de sus clientes más leales conocido como *El Cueritos*, le comentó con sigilo justificado:

—Oiga, patrón, ya ve que yo siempre vengo a su tienda a surtir y me quedo a platicar por mucho rato, y ya vi que usted es discreto, seguro y confiable. Por eso hoy vengo decidido a comprar, pero también a un asunto de suma importancia para ambos -mientras trataba de hablar en secreto-.

—Te escucho, habla, dime de lo que se trata *Cueritos* -respondió el tendero-.

—Sucede que en una petaquilla de mis ancestros encontré un viejo papel con una relación de entierro consistente de 8 cargas de moneda de plata y oro, la cual indica justamente en el sitio llamado “el Puertesuelo”, donde fue paso obligado de las recuas mulares que viajaban del sur de Jalisco al puerto de Manzanillo. He ido al lugar varias veces, encontrando el punto del entierro, sin embargo, el documento marca la condición del todo o nada; o me traigo todo, o todo se convierte en ceniza. Amigo, como usted sabe, no tengo las bestias de carga necesarias para el transporte y menos en quién confiar tan interesante trabajo, por lo que he pensado en usted con meses de anterioridad, y es por eso que hoy vine decidido a invitarlo a rescatar tan abundante tesoro, ya que usted tiene los medios de fletear y, sobre todo, es usted discreto y confiable.

Después de pensarlo, el tendero manifestó su aprobación, pactando el trato con un estrechamiento de manos y señales de satisfacción y alegría. El anfitrión cogió un calendario, y basándose en los efectos lunares, localizó la noche más oscura para consumir tal empresa, preparando con antelación ocho bestias para el traslado del tesoro y dos más para ellos.

El día citado, montaron sus cabalgaduras y salieron sigilosamente cabrestando cuatro mulas cada uno, cobijados por la espesa oscuridad de la noche. Caminaron unos 2 kilómetros hasta llegar al sitio señalado, llevando como guía, la relación en mano. Desmontaron los cuacos y pusieron manos a la obra. Acordaron que uno cavaría mientras el otro vigilaba, una vez agotado el de la excavación en turno, sería relevado por el vigía, y así sucesivamente hasta llevarse el tesoro a casa. El primer turno de cavar fue para *El Cueritos*, y después de varias ocasiones de cambio de turno, Don Manuel sintió algo raro y un tanto duro en el fondo del pozo. Con cierta delicadeza, éste limpió un poco descubriendo lo que parecía una tapa de madera. Entonces llamó a su socio y sin comunicarle lo ocurrido, solicitó su relevo. Una vez realizado el cambio, *El Cueritos*, ignorando que el cofre de madera estaba prácticamente a ras del fondo, golpeó fuertemente con la barra de acero, destrozando la tapa del reservorio monetario, lo que llenó de emoción y sorpresa al improvisado topo humano. Rápidamente llamó a su compañero informándole que ya tenía a la vista el tesoro. Pero, el tendero, colmilludo y sabedor de la peligrosidad de los vapores que emiten las monedas almacenadas por tiempos prolongados, argumentó estar exonerando el vientre al hacer sus necesidades fisiológicas, aunque lo que en realidad estaba haciendo era dar tiempo a que la nube de gases tóxicos se disipara. Mientras *El Cueritos* se regocijaba de gusto al tomar entre sus manos las áuricas monedas, no de uno, sino de 16 baúles, don Manuel se volvía a calzar sus calzaciones de manta que se acostumbraban en aquella época, volviendo al pozo donde el riesgo de toxicidad había desaparecido. Una vez cargadas las ocho mulas, los excursionistas regresaron al pueblo.

Apenas habían avanzado unos cuantos pasos, cuando *El Cueritos* comenzó a sentir un ligero malestar que progresivamente se fue potenciando. Al llegar a la tienda, don Manuel le recomendó al socio continuar directo hasta su casa llevándose sus cuatro cargas correspondientes, pero el enfermo, por carecer de un sitio dónde guardar tan semejante tesoro, pidió al socio le guardase sus monedas.

Una vez en su morada y todo maltrecho, *El Cueritos* ordenó a su nieto ir a la tienda de don Manuel por el encargo. El chavallo, que transitaba por la pubertad, se dirigió con presteza a cumplir su misión y rápidamente estuvo de regreso al regazo de su abuelo, el cual se percató que el tendero había entregado dos costalillos repletos de abarrotes al ingenuo chamaco, por lo que rápidamente esbozó:

—¡Este encargo no!, dile a don Manuel que me mande el encargo!, ¡el bueno!, ¡el

que él ya sabe!

Rápidamente el mozalbete arribó nuevamente a la tienda y al entregar el recado al tendero, éste reaccionó llenando cuatro costalillos repletos de mercancía de abarrotes de mucho mayor valor.

Cuando el muchacho llegó a casa del moribundo, éste ya había pasado al sueño eterno, y a manera de apoyo a la familia, el tendero corrió con los gastos del funeral y ofreció algunos comestibles a la familia del muerto, a cambio de cuatro cargas de oro.

El tiempo transcurría y el changarrero incrementaba cada vez más su solvencia, aunado a la felicidad de vivir con su joven y hermosa compañera. Un día, otro de sus clientes le ofreció en venta un predio rústico con derecho a concesión de agua para riego, y el tendero accedió a la compra del predio. Pero el sistema de riego con el que contaba sólo

servía para irrigar el 75 por ciento del área física, por lo que el nuevo dueño inició trabajos para la irrigación del 25 por ciento restante. Contrató jornaleros suficientes, dotándolos de herramienta necesaria para desempeñar sus labores. Además, don Manuel estimulaba a los trabajadores con alimentos que les llevaba hasta el lugar de trabajo, y mientras estos degustaban de los manjares, el patrón supervisaba los avances de la obra.

Cierto día, repitiendo la monótona actuación a plena hora de la comida, notó que el talud de la excavación cedía un poco, por lo que asintió un puntapié sobre ella, derrumbando un pequeño alud de tierra y descubriendo un gran recipiente de arcilla muy bien elaborado.

El patrón rápidamente se dirigió a sus trabajadores e ideó darles de descanso el resto del día e informó que él mismo recogería los instrumentos de trabajo. Los operarios no lo pensaron dos veces y se retiraron sorprendidos, pero muy contentos a sus respectivos hogares.

Don Manuel observó la retirada de los jornaleros y una vez que los ubicó a distancia conveniente, tomó una barra de acero y pinchó el costado de la enorme olla. De ésta afloró ruidosa y agudamente, un verdadero chorro de monedas de oro. Y como la codicia no había cegado su experiencia, rápidamente corrió, alejándose a buena distancia del lugar, esperando tiempo suficiente para la disipación de los gases acumulados en la olla. Librado el tiempo conveniente se acercó y transportó el tesoro a lugar seguro.

Al día siguiente los obreros descubrieron el motivo del descanso del día anterior, porque husmeando minuciosamente el sitio encontraron solo una moneda, pero ni rastro de tepalcates.

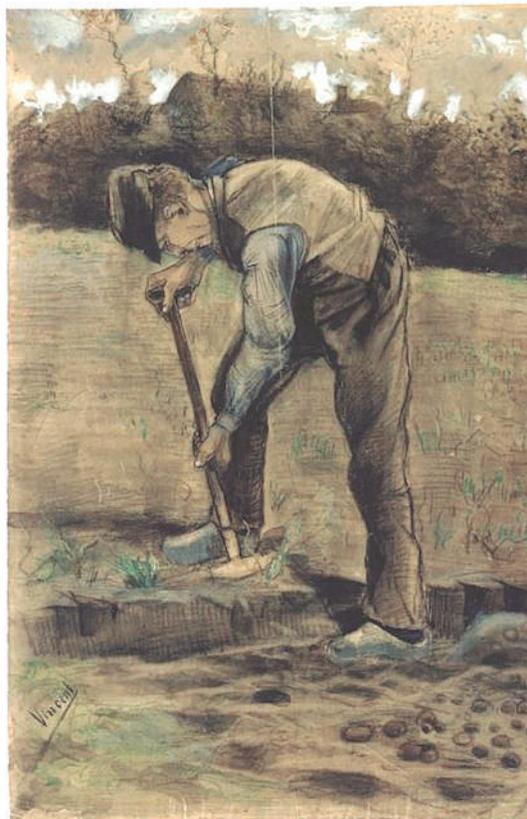
El imparable tiempo seguía su curso y, ocasionalmente, el tendero ingería algunas bebidas espirituosas montando un pencho muy diestro para bailar, luciendo el brío del animal frente a su negocio abarrotero, donde el jinete lo hacía tomar vuelo, ingresar a la tienda y saltar el mostrador, cual equino olímpico saltarín de vallas. Pero su estado de embriaguez incitaba a su hermosa esposa -la años atrás pillada en la madrugada- a persuadirlo de dejar el caballo, a lo que el testarudo borracho contestaba:

—¡Dinero traigo. El caballo es mío. Gusto y qué gastar me sobran!

El comerciante continuó incrementando su peculio y la suerte le seguía sonriendo, hasta que un día esa suerte lo dejó en total desamparo. En el año de 1959, exactamente el día 27 del mes de octubre, un ciclón azotó el pueblo de Minatitlán inundando su tendajón, y en un acto de desesperación, don Manuel corrió a sacar un par de costalillos repletos de monedas de oro, pero al cruzar la puerta donde meses antes él y su caballo bayo adornaban con histriónicas piruetas la entrecalle, un gran oleaje de palizada y lodo lo arrastró hasta la esquina contraria a su tienda, donde fue prensado por el

aluvión de palos, arrancándole la vida fulminantemente. De los costalillos de oro se dice que un vecino muy cercano los rescató y con tamaño capital instaló una gran tienda de abarrotes. De su amada niña, la de la zapatilla con suerte, se sabe que desapareció bajo las aguas del ciclón, y el resto de la fortuna de don Manuel pasó de ser una realidad a un verdadero mito. Lo único que es seguro, es que aquel recado modificado de las 2 a las 3 am unió dos almas que nunca se separarían, ni siquiera el día y ni el modo en que murieron, y que don Manuel Rivera fue un tipo con suerte.

\*Este relato obtuvo Mención Honorífica en el Premio Estatal de Viñetas Manuel Sánchez Silva 2020



**El primer turno de cavar fue para *El Cueritos*, y después de varias ocasiones de cambio de turno, don Manuel sintió algo raro y un tanto duro en el fondo del pozo. Con cierta delicadeza, éste limpió un poco descubriendo lo que parecía una tapa de madera. Entonces llamó a su socio y sin comunicarle lo ocurrido, solicitó su relevo.**



## VIÑETAS DE LA PROVINCIA

# Café de Navidad

Don Manuel Sánchez Silva

(27 de diciembre de 1959)

Cuando los efectos combinados del maremoto de 1932 -que prácticamente destruyó el pueblo de Cuyutlán-, las exigencias de salineros y ejidatarios y la intransigencia de los bancos acreedores hicieron la vida imposible a Agustín Santacruz, legítimo propietario por herencia de aquella vasta zona agrícola, industrial y turística, el talentoso y simpático muchacho colimense resolvió levantar el vuelo y radicarse en la capital del país, en busca de mejores vientos de fortuna.

Por espacio de muchos meses, Agustín llevó en la Ciudad de México la existencia del perfecto bohemio: hospedábase en el modesto pero céntrico hotel Washington de la calle 5 de Mayo, donde únicamente dormía, se aseaba y cambiaba de ropa. Llegaba a su habitación en las primeras horas de la mañana, permanecía en la cama hasta muy tarde y el resto del día lo pasaba fuera, departiendo con sus innumerables amigos que se disputaban el privilegio de su presencia y de su charla divertida y ágil, siempre matizada con ocurrencias y paradojas. Gente interesante aquella, entre la que había de todo: pintores, músicos, periodistas, literatos, toreros, extras de cine y desocupados profesionales.

Su centro de operaciones estaba en la cuadra de la calle Bolívar, que la limitan las avenidas Madero y 16 de Septiembre. Y en ese su cuartel general, Agustín pasaba las horas entre el restaurant Principal, el café Chufas y los aparadores de la zapatería "El Prototipo de la Moda". Y en la vorágine de la inmensa metrópoli, Agustín reinaba en ese reducido sector, con la autoridad de un jefe beduino en su aduar del desierto.

A mediados de diciembre de 1932, Agustín fue presentado e hizo amistad con Javier Sánchez, joven potosino de agradable presencia y temperamento amistoso, a quien protegía el licenciado Fernando Moctezuma, por aquel entonces diputado federal por el estado tunero y secretario general del todopoderoso partido político P.N.R.

Javier tenía debilidad por las mujeres hermosas y entre sus relaciones figuraba una muchacha de nombre Josefina Nájera, verdaderamente atractiva, que era hermana de Cucho del mismo apellido, famoso pugilista que llegó a conquistar el campeonato nacional de peso gallo.

Para celebrar la navidad del año de que se trata, Josefina y Javier tenían proyectado cenar en la casa de una familia amiga y, antes de que cerraran las tiendas, determinaron ir al centro de la ciudad a proveerse de bebidas, galletas, frutas secas y otros artículos propios de la ocasión, pero quiso su buena o mala suerte que al pasar frente al Principal, se les ocurriera penetrar en el establecimiento a tomar un café. Apenas habían transpuesto el umbral, cuando se escuchó un saludo a voz en cuello:

-¡Hola, Javier, cuánto gusto...! Era Agustín, que ocupaba el centro de un "pullman", rodeado de un grupo en el que se encontraban Carlos Ruano Llopis, Roberto Montenegro, Luis Alcaraz, el "Chamaco" Domínguez, José González "Carnicerito", Pilar Ballín -la más bonita segunda tiple del teatro Lírico-, Margarita Carbajal -que años atrás había conquistado justa celebridad en la farándula- y otras personas más, pertenecientes al mundo artístico y taurino.

Javier y su amiga ocuparon un sitio distante y pidieron café, pero apenas empezaban a saborear la perfumada bebida, cuando Agustín y su grupo hicieron irrupción y tomaron por asalto el lugar.

En cualquier sitio o circunstancia Agustín monopolizaba la palabra, y justo es decir, con beneplácito de sus oyentes. En aquella ocasión estaba singularmente inspirado y las anécdotas divertidas, las ocurrencias imprevistas y el relato de cuentos de todos los colores, se sucedieron en ininterrumpida secuencia, invariablemente subrayados por la aprobación y buen humor de todos los contertulios.

Por supuesto que, a poco de haber intervenido Agustín en la situación, el inocente café de Josefina y Javier cedió el paso a las copas de manzanilla y a los ponches calientes, cuyo efecto contribuía a mantener y aumentar la euforia de los circunstantes, que fascinados por el encanto del gran charlista, no advertían el paso del tiempo.

Al filo de la una de la mañana alguien hizo notar la hora que era, con el consiguiente susto para Josefina y Javier:

-¡Es la una, Javier! -exclamó Josefina-, ¿qué vamos a hacer? ¡Ya pasó la cena de navidad...!

-¡Claro que ya pasó...! Mañana entregaremos los regalos. No podemos hacer otra cosa.

-Pero, ¡y las botellas de vino y las demás cosas!

-¡Eso no es problema! -terció Agustín-. El vino es para tomarse y las etiquetas no se imprimen con dedicatoria. Con abrir las botellas y bebernos nosotros el contenido, queda todo arreglado...

Y así se hizo, entre aplausos y vivas.

Amanecía cuando el grupo se deshizo, y al salir a la calle para tomar un coche, comentó Josefina:

-Es único tu amigo. No he conocido ninguna persona tan atrayente.

Y en verdad, así era Agustín Santacruz.

\* Periodista, escritor y fundador de Diario de Colima. †



**J**avier y su amiga ocuparon un sitio distante y pidieron café, pero apenas empezaban a saborear la perfumada bebida, cuando Agustín y su grupo hicieron irrupción y tomaron por asalto el lugar.

## La Navidad inolvidable del señor Nikolai

Gabriel Gallo



### Imagina...

León Mendoza

40 años sin Lennon

Imagina el mundo que  
Aún sigue ahogándose  
En un mar de desecho  
Donde las guerras están  
Aquí para expresar que seguimos  
Siendo rehenes del sistema  
Imagina los amaneceres  
Sin un cielo azul por  
Todo lo que lo asfixia  
Y nos deja un aire que muere.  
Pero ante todo, solo  
Imagina lo que puedes  
Hacer para que la mudanza  
Hacia algo mejor no encamine,  
Imagina solo la paz, la sonrisa y  
Una humanidad que retoma su  
Camino donde el cambio  
es uno mismo  
solo imagina.

**E**l señor Nikolai era un anciano afable, alto, delgado, de andar medurado y la mirada perdida en sus sueños. Solía pasear por las tardes al caer el sol, sentarse en el parque y silbar llamando a las palomas. Reconociendo el sonido, éstas acudían en parvada para recibir su ración de alpiste o maíz quebrado. Se posaban sin mostrar ningún temor sobre sus hombros, la cabeza y los pies. Al pasar el tiempo este anciano extraño ya era parte del paisaje. Vestía un saco de corte antiguo, desgastado por los años de uso.

Vivía en el tercer piso de un hotel modesto. En el alféizar de su ventana había cestas donde colocaba palomas heridas o enfermas que se encontraba en la calle; las cuidaba y curaba.

A través de los años, en las ocasiones en que veía una paloma un poco diferente a las demás, surgía, en su mente, el recuerdo de aquella tan especial a la que llegó a profesar un gran amor. Era una paloma hembra, muy bella, de color blanco con motas grises. Por las tardes, al escuchar su silbido acudía desde cualquier punto donde estuviera y al terminar de comer el grano del suelo, ella permanecía a su lado, rondándolo, colocándose sobre sus hombros o comiendo directamente de su mano se dejaba acariciar. Existía una relación de intenso afecto entre ellos. Era el ave que más quería y le importaba.

Una ocasión, era la noche de un 24 de diciembre, estaba sentado frente a su escritorio, sumi-

do en reflexiones y tomando nota de sus pensamientos. Escuchó un picoteo sobre el vidrio de la ventana, levantó la vista y descubrió que era la paloma blanca moteada. Levantándose, abrió la ventana y permitió que entrara y se guareciera del frío intenso del exterior. Voló y se posó sobre el escritorio.

Intrigado por la coincidencia de su llegada y la fecha, le preparó una galleta reblandecida con agua y se la ofreció. Ella, mirándolo con fijeza, no hizo intento de comerla. Al ofrecerle comida y acariciarla, vio sus ojos y sintió que era un regalo del universo para paliar su soledad. Y, si ello

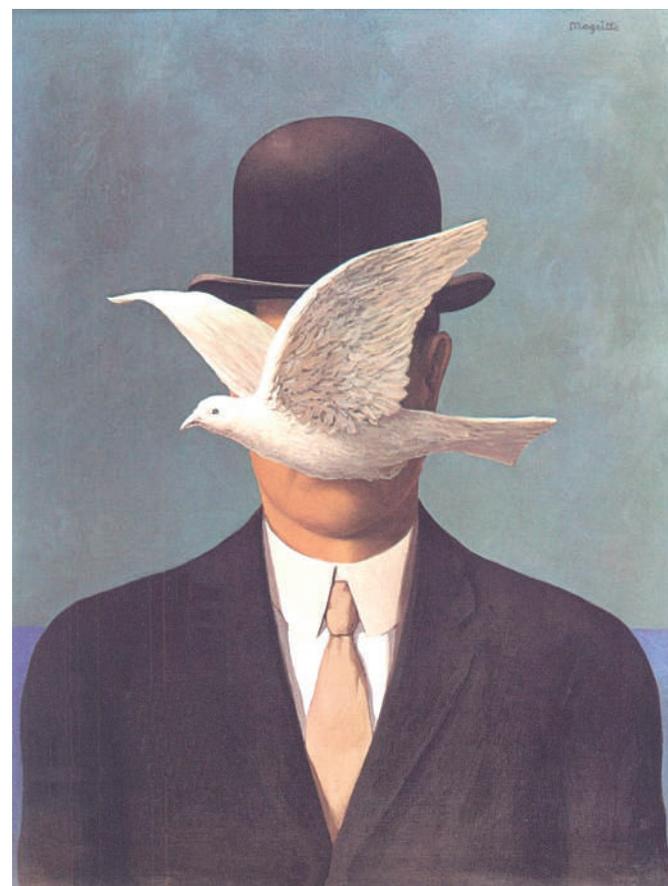
**A** ofrecerle comida y acariciarla, vio sus ojos y sintió que era un regalo del universo para paliar su soledad. Y, si ello fuera posible, sintió amarla aún más. Intentó darle granos de alpiste, mas ella tan sólo lo miraba, quieta, siguiendo sus movimientos con los ojos.

fuera posible, sintió amarla aún más. Intentó darle granos de alpiste, mas ella tan sólo lo miraba, quieta, siguiendo sus movimientos con los ojos.

Él supo que quería decirle algo. Mirándola fijamente, entendió que estaba muriendo, que había venido a despedirse y quería partir teniéndolo a su lado. Cuando él le habló y dijo que entendía, de sus pequeños ojos brotó una luz intensa, extraña, deslumbrante. Sintió en su corazón una comunicación de vida a vida, de un ser a otro ser.

Entre sus manos, emprendió el último vuelo en la madrugada, poco antes de salir el sol, aquel 25 de diciembre.

En aquel momento, algo murió dentro de él y sintió su soledad. Mas, al pasar los años, cada 24 de diciembre la recordaba, sentía su presencia y compañía, llenándose su corazón de amor y armonía. Se desvanecía la oscura soledad y en su pecho se encendía una chispa brillante y cálida.



Man in a bowler hat (1964), pintura de René Magritte.





*Idylle*, de William-Adolphe Bouguereau, 1851.

## Amantes

Azul Sevilla

No te quiero amar,  
 porque si lo hago,  
 querré tenerte todas  
 las noches en mi regazo  
 y llegaría el momento  
 en que me harte tu presencia  
 y correría lejos de ti.  
 Mejor seamos amantes  
 de la noche,  
 que las estrellas fugaces  
 iluminen nuestro cielo  
 y que la neblina  
 nos abrace con pasión.

## De Profundis

Zeydel Bernal

Cuando Oscar Wilde estuvo preso acusado de homosexualidad por el padre de su compañero de aventura, tuvo a su lado el mismo libro que inspiró a Teresa de Ávila (Doctora de la Iglesia Católica), *Tercer abecedario espiritual* de Francisco de Osuna; y su influencia en Wilde es notable en el libro *De Profundis*, donde llega a grandes alturas espirituales en esa diatriba que escribió para Robbie, su pareja. En ese tiempo, una hoja le era dada cada día y retirada. Literalmente,

en el “reza” y no me canso de citarlo:

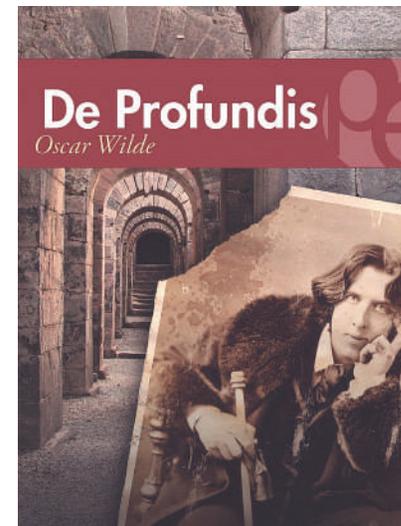
“El amor es un sacramento que debería de recibirse de rodillas con estas palabras *Domine non sum dignus* -Señor, no soy digno- en los labios y en el corazón.

La nobleza, la dignidad de Wilde, me parece reside en aceptar ser quien era, pagar el precio deshumano del juicio público, el se-

ñalamiento, los trabajos forzados, sabiendo que “Cristo lo único que nos dice, con tono quedo e insinuante, es que cada momento ha de ser hermoso...”, “la facultad de amar es lo que distingue a un ser humano de otro ser humano”. “El día que uno en la cárcel no llora, es un día en que tiene el corazón endurecido...”

Al salir de prisión Wilde, vivió dos años con ese joven por el que padeció para después separase. Sin embargo, esa relación nos dejó “De profundis”, título que hace referencia al salmo 130 que dice: “Desde lo profundo de mi alma te clamo Señor” y donde también reflexiona sobre Cristo, la religión, el arte, la belleza, la naturaleza humana, el sufrimiento.

Termino con otra cita de Wilde: “Su moral sólo es el amor -en referencia a Cristo-, justo lo que la moral debería ser”.



Rugidos literarios

## Tardes de tedio e ingenio

José María Lomelí Pérez

*La luz de la luna llena se reflejaba en la escena e iluminaba la nieve, como hace el sol con la arena. Cuando vi ante mis ojos, llenos de grata sorpresa, un trineo en miniatura tirado por ocho renos.*

**Clement Clarke Moore, Una visita de San Nicolás**

No cabe duda que dentro de la mitología navideña, más allá de sus orígenes religioso e histórico, la figura de Santa Claus destaca como una de las más importantes de la era moderna y junto con él la mayoría de los personajes que pueblan su fantástico entorno. Comenzando por su encantadora esposa (la señora Claus), pasando por los elfos de su taller, hasta llegar incluso al mismo Frosty, el mágico muñeco de nieve que habita en el Polo Norte. Aunque quizá existen pocos personajes más carismáticos que los renos voladores que le ayudan a cumplir con su misión anual de entregar los regalos a los niños del mundo entero, entre la noche del 24 y la madrugada del 25 de diciembre.

La razón de su popularidad no es ninguna casualidad, puesto que la primera de sus menciones data de 1823, en un poema escrito por el profesor estadounidense Clement Clarke Moore, dedicado a los niños, al cual tituló *Una visita de San Nicolás*, mismo año y mismo texto en el cual aparece por primera vez el Santa Claus moderno, al cual ahora conocemos.

Narrado en primera persona y desde la perspectiva de un niño sorprendido, quien atestigua por casualidad la llegada de tan esperado personaje a su hogar, es en este poema en el que además conocemos los nombres de los ocho renos que inicialmente halan el trineo del también conocido como Padre de la Navidad, mismo que les grita animoso a cada uno:

*¡Vamos, Briosos! ¡Vamos, Bailarín! ¡Vamos Juguetón y Acróbata!*

*¡Vamos, Cupido y Cometa! ¡Vamos, Relámpago y Trueno! ¡Directo a ese porche y hacia ese muro!*

Siendo en su idioma original, el inglés, los siguientes nombres, en el mismo orden antes mencionados: Dasher, Dancer, Vixen, Prancer, Cupid, Comet, Blitzen y Donner.

Ocho renos, a decir de los expertos, como referencia a la figura mítica en la cual hunde sus raíces el personaje de Santa Claus: Odín, dios barbado y principal del panteón nórdico, quien cabalgaba a lomos de Sleipnir, un poderoso caballo gris de ocho patas, capaz de atravesar el horizonte con gran velocidad de un extremo a otro.

No obstante, a partir de 1939, la tradición popular agregaría a la lista a Rodolfo, el reno de la nariz roja, modificando con ello el acomodo de los anteriores ayudantes de Santa Claus al colocarlo a la cabeza de su trineo.

Nacido de la pluma del estadounidense Robert L. May, por entonces redactor publicitario de los almacenes comerciales Montgomery Ward, *Rudolph, The red-nosed reindeer* surgió a petición expresa de su jefe, quien solicitó a May la creación de un libro navideño original y alegre, en el cual un animal fuese la estrella de la historia, con el objetivo de regalarlo a los clientes durante dichas festividades y ahorrándose así el dinero que año con año solían gastarse comprándolos.

Escrito durante una temporada más que dura en la vida de su autor, quien se encontraba cuidando a su esposa gravemente enferma de cáncer desde 1937, May elegiría a un reno como su protagonista inspirado en un ciervo del Zoológico de Chicago, el favorito de su hija Barbara, entonces de cuatro años, y retomaría dolorosos recuerdos de su propia infancia, marcada por la timidez, para dar forma a la historia de Rodolfo, un joven reno discriminado por su manada como consecuencia de su característica y refulgente nariz roja, hasta una noche en que el mismo Papá Noel decidió colocarlo como líder de su manada durante una noche de espesa tormenta que les impedía alzar el vuelo.

Tras la muerte de su esposa en julio de 1939, su jefe ofreció a May relevarlo en su misión creativa. Sin embargo, éste declinó la oferta, terminando el cuento en agosto del mismo año. Tras una primera y exitosa lectura tanto a su hija como a los padres de su recientemente fallecida esposa, y una vez repartidos los folletos con la historia del ahora líder de los mágicos renos voladores de Santa Claus, Rodolfo, el reno de la nariz roja se convertirá en un éxito de ventas con su reedición en 1947, una vez superada la Segunda Guerra Mundial y las restricciones del uso de papel. Alcanzando su mayor popularidad en 1948 con la aparición de su no menos popular canción, escrita y musicalizada por su cuñado Johnny Marks y cantada por primera vez por el vaquero hollywoodense Gene Autry.



## Altars

Leopoldo Barragán Maldonado

La tradición es una mole de creencias que deja caer su peso sobre las costumbres; efectivamente, las fechas comprendidas entre el 12 y el 25 de diciembre son muy socorridas para la venta de figuras, estampas, cuadros, atavíos religiosos y adornos navideños. Sin culto no hay imágenes, y sin imágenes no hay negocio. En las fiestas decembrinas estos tres hilos aprietan el mismo nudo, lazo histórico con el que no sólo se amarra lo santo y lo profano, sino también sujeta la idolatría y superstición. No obstante, así como pronta e inconscientemente nos atamos a una creencia, también rápida y conscientemente nos desatamos de ella; si de los escrúpulos hacemos nudos, no conviene preocupación, porque todo lo que anuda, se desanuda. La vida es un tejido trenzado por delgados filamentos, que no requiere de embrollos ni de complicados enredos, para toda artimaña, hay maña. El gran Alejandro Magno fue un mañoso, cuando pasaba por tierras frías y al encarar el reto de desatar el famoso ‘nudo gordiano’, astutamente sacó su espada cortándolo de un solo tajo y exclamando: “tanto monta cortar como desatar”. Con golpe de espada alejandrina simplificamos las cosas y cercenamos los prejuicios, todo depende de la actitud con que se enfrente al mundo.

Quedó asentado que sin imágenes no hay negocio, la fe es comercio. William Tarn y G.T. Griffith en su obra *La civilización helenística*, mencionan que “El resurgimiento comercial de Atenas después de 146 se debió en parte a que abastecía a los romanos, tanto de obras originales basadas en estatuas antiguas como de buenas copias. Lo mejor de todo ello lo constituyen el archimuscioso Hércules Farnese y el archigracioso Apolo de Belvedere”. Las imágenes fueron indispensables en el politeísmo, como lo son en algunas religiones monoteístas. El mundo resultaría ininteligible sin imágenes e insoportable sin creencias. La religión es producto del sincretismo entre imagen y creencia, a través de ellas crea su mundo simbólico y vive la experiencia de su fantasía. Van der Leew en su texto *Fenomenología de la religión*, menciona: “los símbolos, en sentido estricto, como la cruz, el incienso, los sacra de los misterios, etc., desempeñan un papel subordinado, aunque lleno de contenido. En ellos se realiza lo santo: el incienso era ya en Egipto una ‘escalera al cielo’; con la cruz se bendice. El símbolo más propiamente tal es el altar”.

Si en el orden de lo santo los altares son lugares destinados para rendir culto a la divinidad, en el ámbito de lo profano también lo son para venerar a las personas, ya sea por sus cualidades extraordinarias o por los dones recibidos. “El egipcio Plotino –dice Burckhardt en su trabajo *Del paganismo al cristianismo*– que por su pureza moral y su ascetismo, de los que contagia también a muchos romanos distinguidos (...) gozó de un prestigio más que humano y mientras hubo paganos, ‘no se apagaron sus altares’”. El ‘contagioso prestigio’ que menciona Burckhardt, también puede extenderse a los méritos alcanzados colectivamente; por ejemplo, pensemos en las peluquerías de antaño, como

lugares donde lo santo y lo profano encontraban armonía, sus paredes mostraban toda una galería de cuadros, fotografías y recortes de periódico, alusivos a un artista de la época de oro del cine mexicano, a cualquier boxeador campeón del mundo, o sencillamente a un equipo de fútbol. En la peluquería no sólo te cortas el cabello, también recortas tus prejuicios.

Rastreando las huellas antropológicas de los altares, encontramos que Widengren, en su *Fenomenología de la religión*, especifica: “Antes de construir edificios sagrados se utilizaban (...) cavernas como lugares de culto. Recordemos las grutas de los misterios de Mitra, así como los santuarios que pretendían reproducir esas grutas y que en los misterios recibían los nombres de *antrum, speleum o speluca*”. Si las cuevas y los pozos servían como espacios de culto, con mayor razón lo serán nuestras casas. Según anotan Jones y Palfy, en su texto *El libro de las religiones*: “La entrada de la casa de tierra debería estar orientada al este, para permitir que entrara la luz al amanecer. En el centro de la casa se situaba un hogar, y en el fondo, al oeste, un pequeño altar de tierra sobre el que se debía exponer un cráneo de búfalo, que, según se decía, era ocupado por el espíritu de Tirawahat”, es decir, el dios creador para la tribu pawnee.

Los altares trascienden los límites de la religiosidad, en su dimensión antropológica adquieren significación social y se materializan en los rincones de nuestras casas. El altar es un espacio mágico, de veneración, donde rendimos culto por medio de ofrendas a quienes consideramos seres luminosos. Un caso digno de mención es el altar que el escritor José Luis Favela García, ha dedicado al cantautor guanajuatense José Alfredo Jiménez. El profesor Favela es un estudioso de la vida y obra del hijo predilecto de Dolores Hidalgo, en su producción bibliográfica contamos con el *Cancionero José Alfredo Jiménez, su herencia musical escrita*, y el libro *José Alfredo Jiménez, qué bonito amor*. En la página 47 de esta obra, aclara nuestro amigo: “pretendo en este trabajo, penetrar y escudriñar en las líneas y en los versos que José Alfredo convirtió en cada una de sus hermosas canciones, para comprender y luego descifrar qué fue lo que quiso decir, o cuál fue el verdadero

mensaje que encerraban esas palabras que nos transmitió”. Sin duda alguna un verdadero esfuerzo hermenéutico realizado en el mundo raro joséalfrediano.

Para Favela García, como para otros más, incluyendo a quien estas líneas escribe, José Alfredo Jiménez es nuestro santo patrono, y en su honor no sólo hemos peregrinado con devoción a la tierra que lo vio nacer para participar en el culto profano de sus tres festivales anuales, sino que además chocamos las copas en el rincón de una cantina brindando a la salud de su santidad, y por si fuera poco, también le hemos construido sus respectivos altares, colocando discos, carteles y fotografías, sobre zarapes de vivos colores, custodiado por velas, veladoras, tarros, copas y botellas de tequila, esperando que su espíritu se expanda por nuestros hogares.



Altar a la memoria de José Alfredo Jiménez.  
Fotografía del Profr. José Luis Favela.

DE LEJOS Y A MI ALREDEDOR

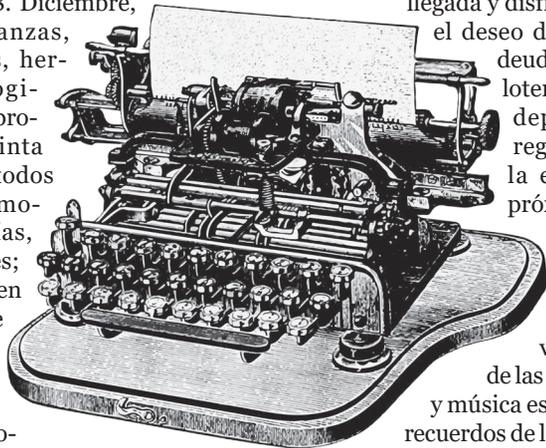
## El doceavo mes

Carlos Caco Ceballos Silva

**I**NVIERNO 1998. Diciembre, mes de esperanzas, buenos deseos, hermandad, recogimiento, alegría, compromisos. En estos treinta y un días reunidos todos los sentimientos, amores, tristezas, alegrías, esperanzas e ilusiones; la fe en lo celestial y en lo humano parece que se fortalece; llega el viento fresco que a nosotros los viejos nos hace pensar en ponernos algo sobre la calva, mientras que los jóvenes se ponen cualquier cosa para sentirse especiales. El pago de “mandas” a la Virgen de Guadalupe y las procesiones de los barrios con músicas, danzantes, banderas y cohetones, la fe del pueblo necesitado y la indiferencia de a los que les sobra todo; los novenarios de Comala y Armería, la tristeza del par de ancianos porque sus hijos, que tienen su nido aparte, tendrán que pasar solitos la Navidad: otros, sentidos y nostálgicos porque su hijo pasará la gran festividad cristiana con la familia de la esposa; otros hijos salen de vacaciones y dejan a sus padres con el deseo de pasar juntos el 24.

La alegría de muchos que se reúnen en bailes y cenas, la tristeza de los enfermos y de los allegados, y el dolor de la familia por la partida de algún familiar; la alegría de los niños escribiendo sus cartitas al niño Dios, la aflicción de todos que con sus naricitas achatadas en el cristal del aparador contemplan los juguetes que ellos piensan no les traerá el mismo niño; el gusto de los que en grupo familiar van de vacaciones, el compromiso de ir a una cena o reunión cuando el pensamiento y el deseo está por otro lado; el recogimiento de las ancianas postradas ante el altar, la angustia de los pobres de no poder regalar, la caridad de unos cuantos que van a los barrios acartonados a llevar algo a unos desconocidos. El compromiso del regalo, la redacción de las tarjetas navideñas y de Año Nuevo, el telegrama al amigo, el deseo de ser mejor, el olor a heno y a pino y la fe de muchos en el que va a nacer.

La tristeza de los políticos porque pasará ya otro año del disfrute y esperanza de los ilusos de que nuestros próximos pastores sean más comprensivos. Los abrazos y las palabras clásicas con los mejores deseos para el abrazado; la



llegada y disfrute de los aguinaldos; el deseo de empezar el año sin deudas, la esperanza en la lotería, en los pronósticos deportivos, la duda de regalar tal o cual cosas; la esperanza de que el próximo año sea mejor y la seguridad de que ya estamos los viejos más que jumbrosos y nostálgicos que la Navidad pasada. El sueño de las baratas a base de gritos y música estridente, los hermosos recuerdos de los bonitos nacimientos que se formaban por todos los rumbos de la ciudad. El gusto de la chiquillada por las piñatas, el olor y la sabrosura de los buñuelos, los grupitos de niñas y niños que cantan villancicos casa por casa, reuniendo monedas para hacer su humilde pero simpática posada.

La hermosura de los montes y cañadas hacia el norte que se cubren de flores blancas y amarillas y el zumbido de las abejas a su alrededor, trabajando para vivir y dejarnos su néctar delicioso. Todo esto ha pasado y seguirá pasando cada diciembre y con él nuestras esperanzas e ilusiones de que mejorarán las circunstancias, para que los que nos siguen vivan más tranquilos, menos angustiados y con más fe en sus hermanos. Que la brecha entre los triunfadores y los pobres sea menos ancha y profunda a fin de que nuestros descendientes lleguen a sentir más la cercanía de las bondades que sobrellevan la caridad, el amor y la comprensión, ya que Él nació para darnos su ejemplo y enseñanzas.

Haz de cada día un día para celebrar la vida y ser agradecido. Ve cada día con entusiasmo como si fuera el primero, abriendo el corazón a esperanzas positivas, a sentir la presencia de Dios y vivir cada día en plenitud como si fuera el último. Tómate tiempo, salte del ruido, escucha el silencio y mira a tu alrededor. Agradece y ama aquellos que te dieron la vida, a aquellos que han acrecentado tu calidad de vida y enseñado valores. Recuerda que ellos son como un regalo para ti y recuerda también que tú eres un regalo para ellos. Sé agradecido con las decisiones que has tomado, sean buenas o malas. Acepta tus errores, pues no puedes cambiarlos de ninguna forma. Aplica lo que de ellos has aprendido y sigue adelante. Apréciate a ti mismo y a su originalidad. Amén.

\* *Empresario, historiador y narrador. †*



**E**l sueño de las baratas a base de gritos y música estridente. los hermosos recuerdos de los bonitos nacimientos que se formaban por todos los rumbos de la ciudad. El gusto de la chiquillada por las piñatas. el olor y la sabrosura de los buñuelos. los grupitos de niñas y niños que cantan villancicos casa por casa, reuniendo monedas para hacer su humilde pero simpática posada.